

Enseñar una segunda lengua para los inmigrantes es mucho más que enseñar las palabras, la gramática o la pronunciación. Enseñar una segunda lengua es transmitir las claves de la integración social. Por eso la enseñanza de la segunda lengua debe ser también una enseñanza de los modos de comunicación en un país, de las categorías del pensamiento cotidiano, de la forma de construir la realidad.

Como indica el libro, hay poco investigado sobre el aprendizaje del español como segunda lengua en Argentina. Tal vez por el esfuerzo histórico de integración de tantos inmigrantes que se homogeneizaron en una cultura y un lenguaje, borrando las diferencias entre los países de origen. Recuerdo que en la libreta de enrolamiento –que funcionaba como documento de identidad y como documento militar– estaba escrito un párrafo de una ley que indicaba que el soldado no sería dado de baja de las fuerzas armadas hasta tanto no hablara correctamente el castellano. Esa ley –que no tenía sentido cuando hice el servicio militar pues eran muy pocos los soldados que no hablaban castellano– respondía a la voluntad de homogeneizar a los inmigrantes y descendientes a través de la lengua. Se logró así evitar que cada grupo funcionara aisladamente y en la memoria de la mayoría de los nietos de los inmigrantes no existen los recuerdos del país de origen.

En Argentina se integró a los inmigrantes, se construyó un dialecto nuevo dentro del castellano, se redujeron las diferencias entre los modos de hablar y de comunicarse, se construyó una identidad nacional, expresada en la pasión por el fútbol y por la crítica al gobierno de turno. ¿Qué ocurre con los nuevos inmigrantes que no hablan castellano? ¿Los acepta la sociedad argentina? ¿Los integra en el tronco mayoritario? ¿Qué ocurre con los que tienen una forma de comunicarse diferente? ¿Son rechazados? ¿Son discriminados socialmente? ¿Qué ocurre con los profesores del castellano como segunda lengua? ¿Son conscientes de la necesidad de enseñar algo más que las palabras, la pronunciación y la gramática? ¿Evitan el folclorismo de la cultura argentina oficial del gaucho y la bandera y enseñan las características de la cultura real? ¿Son conscientes que su forma de expresarse, su forma de ser no es la única posible? ¿Evitan la discriminación con el estudiante que no habla bien el castellano, subyacente en pensar “¿¡por qué hablan tal mal mis estudiantes!?”

Todas esas preguntas pueden resumirse en una pregunta sobre la conciencia intercultural de los profesores, es decir la comprensión que tienen de la necesidad de comprender y aceptar las diferencias culturales, de comprender la compleja y difícil situación del que llega a un país con un bagaje cultural que no es aceptado. Es evidente que en muchos casos los profesores dicen tener –y creen tenerlos– principios que rechazan la discriminación y que aceptan la diversidad cultural. Pero esas declaraciones pueden ocultar una realidad diferente: la persistencia de prejuicios, opiniones negativas sobre los que tienen otra cultura y otra forma de expresarse. Lamentablemente, los principios abstractos no son suficientes cuando se trata de establecer una comunicación positiva con los estudiantes para ayudarlos a resolver sus dificultades de integración a la nueva situación que viven.

La investigación presentada en este libro analiza la competencia intercultural de los docentes de las carreras relacionadas con la transmisión lingüístico-cultural (Historia, Lengua y Lenguas extranjeras). Esa competencia se concibe como la capacidad de objetivar su propia cultura y establecer relaciones constructivas con otras diferentes. Es decir, se analiza la capacidad de verse a sí mismo –y a su grupo de referencia– no como los poseedores de la verdad, sino como los poseedores de una de las tantas formas culturales existentes en nuestro mundo, formas culturales que están en permanente transformación y mezcla. Comprender al otro significa comprenderse a sí mismo. Aceptar la cultura del otro significa aceptar la relatividad de la propia cultura.